

# DOCE SOLES

## III. CÉNIT



Amaya García - Alberto Mínguez

**edebé**

# DOCE SOLES

## III. CÉNIT



# DOCE SOLES

## III. CÉNIT

Amaya García - Alberto Mínguez

**edebé**

© Texto, Amaya García Arregui y Alberto Mínguez Espallargas, 2023

© de la edición: Edebé, 2023

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

[www.edebe.com](http://www.edebe.com)

Dirección: Reina Duarte

Diseño de la colección: Book & Look

Fotografía de cubierta: Shutterstock/Freepik

1.ª edición, noviembre 2023

ISBN: 978-84-683-5852-9

Depósito legal: B. 13984-2023

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la Ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Suchi, instigadora;  
a Rete, diseñador de este mundo, y de los que él quiera;  
y a Zeta, por ser nuestra contra-velocidad.*

\* \* \*

—¡Extiende la mano y jura! —gritaron a la vez Athos y Aramis. Vencido por el ejemplo, rezongando por lo bajo, Porthos extendió la mano y los cuatro amigos repitieron a un solo grito la fórmula dictada por D'Artagnan: «Todos para uno, uno para todos».

ALEXANDRE DUMAS, *Los tres mosqueteros*

Sabía que era una insensatez; los hombres experimentados dicen: «Hay cuatro cosas que no vuelven: lo dicho, la flecha disparada, el pasado y las oportunidades perdidas», y yo comprendía la veracidad de esas palabras mejor que la mayoría.

TED CHIANG, *El comerciante y la puerta del alquimista*



# ÍNDICE

## PRIMERA PARTE

I. FUGA .....	12
II. SIETE COMA TRES SEGUNDOS MÁS.....	22
III. TRUENO.....	33
IV. Y RAYO.....	48
V. SERENDIPIA .....	60
VI. GAZPACHO.....	71
VII. <i>CHAMADA</i> .....	89
VIII. QUIEN CONFÍA EN LOS SUEÑOS .....	102
IX. OPERACIÓN SIMBAD .....	114
X. PASOS DE JAURÍA.....	123

## SEGUNDA PARTE

CUATRO AÑOS DESPUÉS .....	132
XI. DÍA 1 .....	144
VIENA, CUATRO AÑOS DESPUÉS.....	158
XII. LOS SABUESOS DE KATLABUR .....	165
VIENA, CUATRO AÑOS DESPUÉS.....	182
XIII. EL GRILLO DE ROMÉO .....	189
VIENA, CUATRO AÑOS DESPUÉS.....	198
XIV. ¡ESTÁN LOCOS ESTOS GALOS!.....	203
KIOTO, CUATRO AÑOS DESPUÉS.....	219
XV. SOBRE RUEDAS .....	222
KIOTO, CUATRO AÑOS DESPUÉS.....	232
XVI. BUGATTINI .....	235
HASHIMA, CUATRO AÑOS DESPUÉS.....	247

XVII. PINBALL.....	259
HONG KONG, CUATRO AÑOS DESPUÉS ..	272
XVIII. CASTOR, PATO, FOCA Y PINGÜINO.....	277
HONG KONG, CUATRO AÑOS DESPUÉS ..	290
XIX. LAS CIUDADES INVISIBLES.....	298
HONG KONG, CUATRO AÑOS DESPUÉS ...	310
XX. LUNA TÍMIDA.....	318
CUATRO AÑOS DESPUÉS .....	328

### **TERCERA PARTE**

XXI. DÍA 100 .....	340
HONG KONG, CUATRO AÑOS DESPUÉS ...	351
XXII. EL <i>LOOP</i> DE MONTAIGNE .....	358
HONG KONG, CUATRO AÑOS DESPUÉS ...	378
XXIII. OLA, TAI.....	379
VIENA, CUATRO AÑOS DESPUÉS.....	396
XXIV. ARR, MALDITOS.....	400
VIENA, CUATRO AÑOS DESPUÉS.....	420
XXV. AIRE .....	426
HASHIMA, CUATRO AÑOS DESPUÉS.....	443
XXVI. AGUA.....	447
XXVII. FUEGO .....	455
XXVIII. FLOR AZUL .....	470
XXIX. TIC, TAC.....	496
HASHIMA, CUATRO AÑOS DESPUÉS.....	508
XXX. PLAN B.....	512
20 DE JUNIO DE 2074.....	539



Roméo Devauchelle (FRA)

Clarice Neiva (BRA)

Nivor Levski (RUS)

Taisea Bowens (EE.UU.)

Eri Yamahashi (JAP)

Divesh Pingala (IND)

Sol Sierra (ESP)

Zack Woods (GBR)

Ling Min (CHN)

Amador Ventura (MEX)

Loubna Meyneb (MAR)

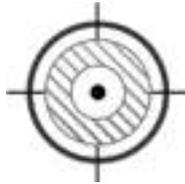
Hekla Katlabur (ISL)





**PRIMERA PARTE**

# I. FUGA



Lo normal es que la infancia te abandone con los años, pero también puede dejarte en el instante en que formulas una pregunta cuya respuesta hubieras preferido no saber:

—¿Y bien? ¿Qué ibas a contarme, Roméo?

Aquello empezaba a tocarme las fresas. No arrancaba a hablar. Los labios abiertos, los ojos inquietos, Roméo me tenía en ascuas desde hacía varios segundos. En algún punto, su mente se había ido a otro sitio, y ahora me observaba con una atención distraída y a la vez penetrante, como si no me viera a mí, sino algo que hubiera tan dentro de mí que ni siquiera yo misma podía verlo.

Reí incómoda. Vete al cohete, pringado, le espeté para mis adentros, dando media vuelta para irme.

—No. Espera.

Me detuve antes de llegar a la puerta, sin girarme. Y entonces lo dijo.

Dijo que el huevo explotaría. Que sufría una pérdida de antimateria y podía reventar en cualquier momento, incluso mañana, incluso ahora. Él lo sabía porque había descubierto que el manto luminoso de Encélado era un enorme ordenador, y ambos, chico y máquina, habían hablado. Me dijo eso: «hablado». Y también me dijo palabras como *onda* y *resonancia*, *silencio* y *síncopa*, *acuaformación* y *desastre*, que no entendí. Me fui volviendo según hablaba, y lo vi vo-

calizar dentro de un cerco difuminado. Ladeé la cabeza. Sí, estaba seriamente perturbado, eso era todo. Aparté los ojos tratando de resistir, pero no me soltaba. Retomaba el discurso y volvía a empezar. *Huevo, fuga, cataclismo. Compendio, extinción, especies. Relevos. Vida.*

—Te estoy diciendo la verdad —aseguró—. Teníamos miedo de que en la Tierra no quisieran que os esperáramos, y por eso nadie lo sabe aún, salvo nosotros. Les hemos mentido durante cinco meses. A todos.

Hubo una pausa. Avancé hacia él. Yo zumbaba de pies a cabeza, estremeciéndome ante uno de esos latigazos interiores, residuo de la tridenticidad que había absorbido en mis tanteos alienígenas, mientras mi voz mental repetía: *calla, calla, CALLA*. Al final Roméo desvió la vista hacia la ventana que daba a la Jungla. Buen chico, eso es, comencé a decirme, ya más calmada, pero él soltó el aire lentamente por la nariz, volvió la cara y me neutralizó.

Tenía los brazos estirados y un aspecto que, de impecable, resultaba insultante. Su voz sonó clara al repetir la advertencia, pero fue su mirada abierta y desesperada, seca, fina y completamente pragmática, lo que me azotó en el estómago haciéndome concebir la posibilidad de que no estuviera inventándoselo. Mi memoria se encargó del resto: pensé en el huevo el día de la matanza o, mejor dicho, pensé en los klújucs desmembrados, pillados por sorpresa en las profundidades del mar rojo de Boca de Ballena. Recordé también la detonación sobre el techo de la ciudadela y la corriente inexplicable que había causado el accidente del Marlín Azul, convocándonos a todos a aquel viaje. Ahora, de pie ante Roméo, que seguía mirándome, me sentí traicionada por la fuerza de esa nave alienígena que ya pensábamos dominar y que, sin embargo, se rebelaba contra nosotros.

—Hay que deshacerse del huevo —sentenció—. Hemos de hacer algo. Y pronto.

No respondí. Mis ojos iban y venían por las superficies que nos rodeaban. Seguía viendo a los klújuks muertos, la arena levantada y el agua sucia. ¿Qué se suponía que debía hacer yo con todo eso? Bajé la cara. Nuestra huida de Fomalhaut había sido una farsa. No habíamos huido de nada, sino que habíamos traído la esencia del mal a casa. Cerré los párpados.

Me volví de golpe y salí del Lab. Roméo vino detrás.

De forma injusta pero irrevocable decidí, en los instantes posteriores a mi conversación con Roméo, que él era el germen de mis problemas. Los fracasos eran de mi cosecha, eso lo reconocía, pero el marco en que estos ocurrían, la página en blanco, la laminaba él. Él era el alienígena y su saber era la peste energética y el curso de la historia por el que nosotros fluíamos, el guion conector entre la vida y la muerte, el aglutinador de sentido; en suma, él era el bicho creador del relato.

Cuando estiró la mano para alcanzarme, frente a la puerta de la Clínica, lo apunté con un dedo y le dije algo que tendría que haberle dicho hacía tiempo:

—No «hemos» de hacer nada, ¿me oyes? Tú y yo no haremos nada juntos. Nunca.

La puerta se deslizó y entré dejándolo fuera.

Zack y Clarice estaban inclinados sobre la camilla, junto a Loubna, las puntas del pelo rozándose tan delicadamente como poco antes mi meñique se había rozado con el de Zack. Alzaron las cabezas y me siguieron con la mirada. Yo continué hasta donde quería llegar: Min. Esta esperaba en la esquina sin saber qué hacer, pero contenta. Loubna iba a recuperar la vista y su herida interna podría cerrarse.

Avancé hacia ella con el corazón hecho un nudo, odiándome por lo que iba a decirle. Roméo entró en la estancia mientras yo tomaba a Min del brazo y la atraía hacia mí.

—Nos vamos —le dije.

—¿¡Qué!?

Sin soltarla, le expliqué al oído la situación. Min bajó el mentón mientras me escuchaba. Al cabo de unos segundos, se le encendieron los ojos. Como suponía, su tiempo de respuesta sería breve, pero aun así vaciló. Le di un momento, y luego añadí que mandaríamos la bomba a Aldebarán.

—Pero los brazos del Marlín... —objetó.

—No —la corté—. Iremos en el Azul. Puedo...

—No —replicó—. No puedes. Solo has pilotado en modo submarino.

Hablábamos bajo para que no nos oyeran. Roméo se nos había ido acercando; Clarice nos escudriñaba y Zack intentaba explicar a Loubna la causa de tanto murmullo sin comprenderla él mismo.

—Bueno, entonces... —dije despegando los ojos de Min y pasándolos una fracción de segundo por Zack.

Reflexioné y fui hacia Roméo, al que tomé por la muñeca como si esta fuera un asidero o un interruptor cualquiera. Activé su brazaletes y me lo acerqué a la boca.

—Eri —dije llamándola a su brazaletes—, puedes pilotar el Marlín Azul, ¿verdad? Ve al dique, salimos de paseo.

—¿Adónde?

Colgué y dejé caer el brazo de Roméo, quien me observó interrogativo. Clarice, sin embargo, no necesitó mucho más para captar los cambios que se habían dado en su ausencia. Miró a Zack, me miró a mí, volvió a mirar a Zack, y entonces debió de adivinar que, si no me lo llevaba de piloto adonde fuera que me dirigiera, tenía que ser por una

buena razón, y que estando ella ahí para cuidar de Loubna, esa razón solo podía ser privada, algo entre él y yo, o tal vez, por la forma en que también pareció mirar hacia adentro, hacia sí misma, algo entre él, ella y yo. La intuición la dejó tan fulminada como a mí su rapidez.

Giré sobre los talones y me alejé. Antes de seguirme, Min fue a la camilla y posó una mano en el tobillo de Loubna.

No me detuve. Min pasó por el baño y en ese momento apareció Eri, seguida de Dipi y..., maldita g, seguida del robot de nuestra nave, SUGUS. Eri los dejó para unirse a mí. Mientras andaba, clavé la vista en SUGUS y él hizo lo mismo a su manera rotatoria y acristalada. Volvimos a examinarnos como habíamos hecho seis meses atrás, cuando le dije que nos acompañara a Encélado y él me brindó la oportunidad de ir a pudrirme a un paraíso abandonado. Min llegó recogiendo el pelo, y las tres avanzamos con saltos lentos por el pasillo, con Roméo y Dipi de guardaespaldas. En la zona común, Hekla llevaba a Taisea a caballito y le decía que no le pesaba nada de nada. Al vernos, Hekla enmudeció, Tai desmontó y caminaron junto a nosotras. Amador salió de su cuarto con el pecho al descubierto y las piernas envueltas en una toalla, preguntando qué hacíamos, dónde carajo íbamos. Se apresuró a seguirnos y casi perdió la toalla. Nivor, que parecía haberse desorientado en su propia nave, fue el último en interponerse en nuestro camino al conmutador. Emergió de alguna parte y, viendo que no pensaba pararme, se hizo a un lado y se unió al grupo que nos seguía, en el que solo faltaban la paciente, los médicos y el robot. Llegamos a la zona sin gravedad y nos impulsamos hacia los diques. Eri flotaba asustada y sumisa, ignorando si quería hacer un simple chequeo del vehículo o si me proponía llevarla a Boca de Ballena. Salvo mis dos tripulantes, el grupo rumoreaba a mi alrededor. Roméo no contestaba a

sus preguntas. Ya en la compuerta, todos callaron y noté que él me buscaba con los ojos. Aparté la vista con desdén. No necesitaba su confirmación ni su permiso. Eri no podía indagar ni Roméo mandarme. Me instalé en el Marlín Azul mirándolos con frialdad y pensando que nadie podía negarme nada, porque, desde ese momento en adelante, el relato de mi vida lo construiría yo.

Tardamos un día en llegar al huevo. Eri tuvo que cargar con el pilotaje, las comunicaciones y nuestro hermetismo. Min le había explicado, de forma sucinta, que teníamos el código de un lugar sin vida que merecía explotar, y que para eso habíamos zarpado. Eri se encogió de hombros y nos dejó a cada una con nuestros fantasmas.

Antes de llegar, la Earth Together intentó pararnos. En la Calypso, Roméo ya había contado la verdad sobre el huevo, y recibimos una transmisión de la alta instancia terrestre en la que nos hacían ver que la decisión era compleja y que lo mejor era reunirse antes de actuar precipitadamente. Desconecté la radio.

Zack no se puso en ninguna de las conversaciones que Eri mantuvo con la Calypso. Clarice no intervino mucho, y Roméo tampoco. Se le habían agotado las pilas tratando de abrir la fisura en el muro de mi conciencia. Los demás, en cambio, no pararon de hablar, y felicitaron a Eri por su desenvoltura, ya que aquel era su primer vuelo no virtual en Marlín. Yo miraba a lo lejos sin escuchar. Sabía que cada minuto, cada hora, me alejaba de Zack, pues dejarlo junto a Clarice era tirarlo al mar sin flotador ni bengalas. Para cuando volviera a mirar, ya lo habría tragado la fuerza de la naturaleza. Lo único que quise escuchar durante el trayecto, aunque no respondí con palabras, fue cuando mis compañeros dijeron que aquello iba a funcionar.

El huevo nos esperó y nos recibió. Abrió sus puertas en cuanto se lo pedimos: 12-11-10-9-8, Aldebarán. Ve y acaba con el mundo que le ha devorado los ojos a Loubna. Pero la nave alien no se marchó. El icosaedro había entrado, y las puertas no se cerraban. Eri, Min y yo aguardábamos a que algo ocurriera mirando el huevo con acritud. Cuando el icosaedro salió del huevo y regresó a su posición anterior, me di cuenta de cuál era el problema.

—¡La bolita! —recordé—. Una vez dentro, hay que volver a darle a una esfera del icosaedro a modo de confirmación. Si no, el huevo no arranca.

Eso se lo expliqué a Eri, porque Min ya estaba impulsándose hacia la esclusa. Antes de entrar, se volvió para mirarme. Asentí, y ella empezó a cambiarse. El indicador de la radio no paraba de pitar.

—Sí, sí, ya lo hemos resuelto —les dije a mis compañeros, que nos seguían desde Comando—. No hemos traído el balón, pero seguro que Min hace maravillas con un casco.

Cuando Min estuvo lista para iniciar la EVA, despresurizamos, salió al espacio exterior, sobrevoló el Marlín y se colocó junto a la entrada de la nave abierta. El huevo resultaba más amenazante que nunca, su silueta recortada contra el amarillo de Saturno y partida en dos como el ojo de un cíclope.

Eri y yo marcamos de nuevo el código, y vimos al icosaedro ingresar dócilmente en el huevo. Min se impulsó. Llevaba uno de los cascos de astronauta en la mano.

—Mándalo al infierno, prima —le dije. Con cierto desfase, los demás también la animaron desde nuestra nave nodriza.

Se tomó unos segundos para calcular el tiro. Corrigió su posición, alzó el brazo y lanzó el casco. Este flotó directo hacia el interior del vehículo. Esperamos con el corazón en

arresto. Por las cámaras del Marlín, vimos cómo le daba de lleno a una de las esferas del icosaedro y luego rebotaba en la concavidad del huevo.

—¡Sí! —celebramos.

Sin embargo, las puertas permanecieron abiertas y el casco acabó saliendo de un rebote. Ay, me dije al notar un calambre, qué chispas pasa. Tras el lanzamiento, Min se había estabilizado con el SAFER; fue a por el casco y volvió a la posición de antes.

—Otra vez —nos dijo por radio.

Volvió a lanzarlo contra una esfera. Esta vez, gimió al soltarlo. El casco tocó la esfera y salió despedido a gran velocidad hacia el exterior. Min no pudo recuperarlo: para cuando se estabilizó un poco, el casco ya se alejaba demasiado rápido hacia la nada. Nos concentramos en el huevo, que no se movió.

—Otra vez —repitió Min tras un rato, propulsándose hacia el Marlín—. Dame otro.

Mientras Eri presurizaba de nuevo, me desabroché las correas y fui a la zona de almacenamiento. Abrí el armario, cogí un casco. Me lo pensé. Saqué dos y los llevé a la esclusa. Luego despresurizamos y abrimos para que Min entrara a por los cascos. Salió con uno en cada mano. Entretanto, me comuniqué con la Calypso:

—Amador, ¿alguna idea de por qué el grandísimo hijo del tridente no se va? Estamos siguiendo los pasos. Cambio.

El silencio duró algo más que el desfase entre naves.

—Hum, no... —admitió Amador después. Tampoco los demás sabían.

Eri comenzaba a mirarme de un modo que no me gustaba.

—Otra vez —le dije a Min cuando usó el segundo casco y no sucedió nada.

Seguimos intentándolo. Probamos a esperar que el icosaedro saliera del huevo, por si el mecanismo había de resetearse antes de iniciar el vuelo. Probamos a esperar más y más, con el icosaedro ya fuera, por si era tiempo lo que el huevo necesitaba. Tras cada intento, Min decía: «Otra vez».

En su espiral de rebotes, el casco terminaba saliendo despedido hacia el espacio, y Min lo recuperaba. Volvía a lanzarlo. Otra vez. Nada. Otra vez. Perdió el segundo casco. Otra vez. Otra vez.

Cuando perdió también el tercero, ya solo había un casco en el armario y le dije que nos retiráramos.

—No —fue su respuesta.

—Sí.

Ninguna estaba para bromas. Yo me había levantado y flotaba delante del armario de materiales, frente al último casco de la repisa. En la Calypso, Roméo ya hacía rato que había puesto el grito en el cielo: quedarnos con dos cascos para tres personas atentaba contra todos los protocolos de seguridad de una misión al espacio. Min también había empezado a gritarme desde fuera. Decía que, si no le pasaba el último casco, se sacaría el suyo y lo lanzaría contra el puñetero huevo. Tras el accidente de Loubna, nuestra relación con los cascos de astronauta no era muy sana. No tendría que haber recurrido a ellos, ahora lo veía. Dejé pasar unos segundos. Por gestos, le indiqué a Eri qué quería que hiciera.

—Vale, Min —le dije por radio—. Prueba con el último. Entra.

Eri abrió la compuerta externa. Yo apoyé la frente en la repisa, justo debajo del casco. Min entró en la esclusa, buscando el casco, y Eri accionó la compuerta. La encerramos allí.

Min explotó. Comenzó a arremeter contra la compuerta interna, gruñendo y despotricando, reclamando el casco para acabar con aquello de una vez por todas. Mientras ella chillaba y me insultaba desde la esclusa, me volví hacia la cristalera y miré el huevo con ojos turbios. Inconmovible, este me devolvió la mirada. Entonces fijé pies y rodillas, le di un puñetazo al armario y me rompí dos dedos.

